

en el oratorio de "Las Lomas" que ella levantó para reposar junto a su esposo. Hemos visitado esta finca cercana a Cabra, actualmente propiedad de los marqueses de Bedmar y Escalona. En ella no quedan vestigios, ni casi recuerdo, de la capilla. En el solar que debió de ocupar hay un ala del edificio de nueva construcción. Don Luis Herrera, refiriéndose al enterramiento, ve una finalidad:

**"Y en sagrado monumento
lega su nombre querido
a cien edades y ciento
a despecho del olvido".**

Nos dice también cómo a través de ella Doña Dolores quería "arrancar a la muerte odiosa la memoria de su esposo". Yo veo en la desaparición real de las tumbas ese triunfo sobre la muerte. Y ese sobrevivir al olvido, "a cien edades y ciento", está plasmado en la perennidad de la novela de Valera.

Ni Pepita Jiménez ni Don Luis de Vargas murieron. Los eternizó Don Juan cortándoles la vida literaria en su plenitud; dejándolos eternamente felices y jóvenes. Don Felipe de Ulloa y Doña Dolores Valera han escapado también a los vestigios de la muerte y duermen su sueño de héroes literarios en la finca de "Las Lomas", bajo un cielo limpiamente azul; entre el oleaje gris-plata de un mar de olivos centenarios.

Matilde GALERA DE REINA

("La Opinión". Cabra, 7 julio 1974)

CONFERENCIA DE DOÑA MATILDE GALERA, SOBRE EL TEMA

"DON JUAN VALERA Y SU OBRA"

Organizado por la Cátedra de Lengua y Literatura Españolas de nuestro Instituto de Bachillerato "Aguilar y Eslava", se ha celebrado un acto literario con motivo del centenario de la publicación de "Pepita Jiménez" y del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de su ilustre autor.

Presidió el delegado provincial del Ministerio de Educación y Cien-

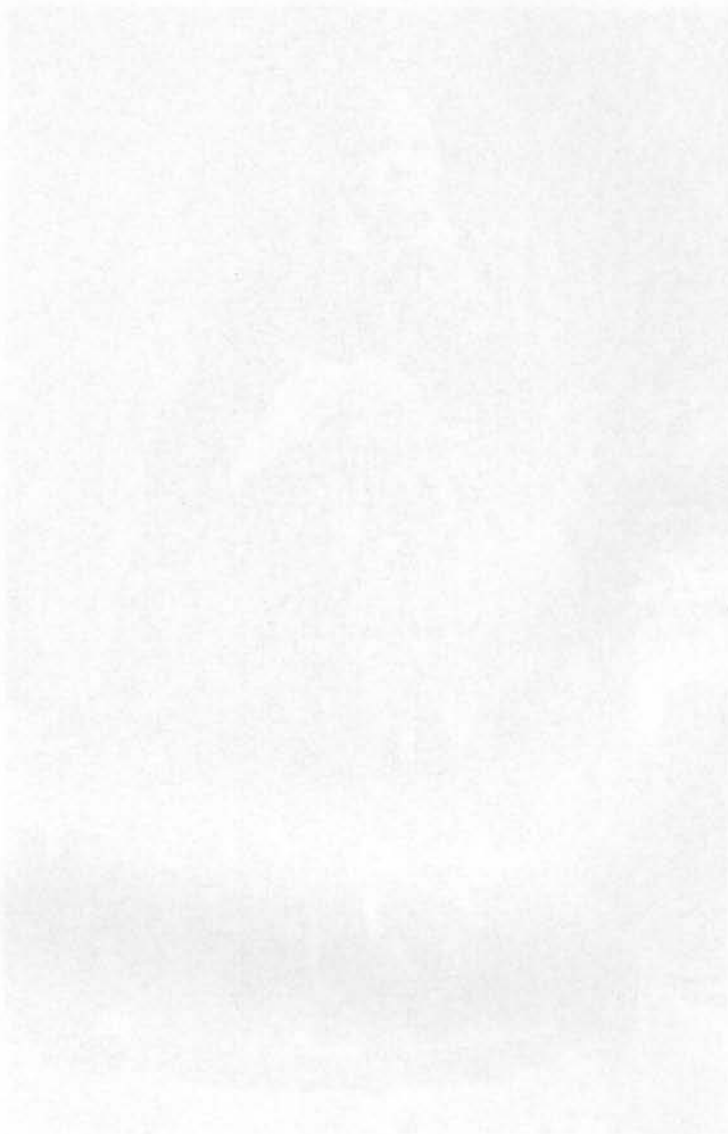


Don José Valera y Viaña.
Padre de Juan Valera.





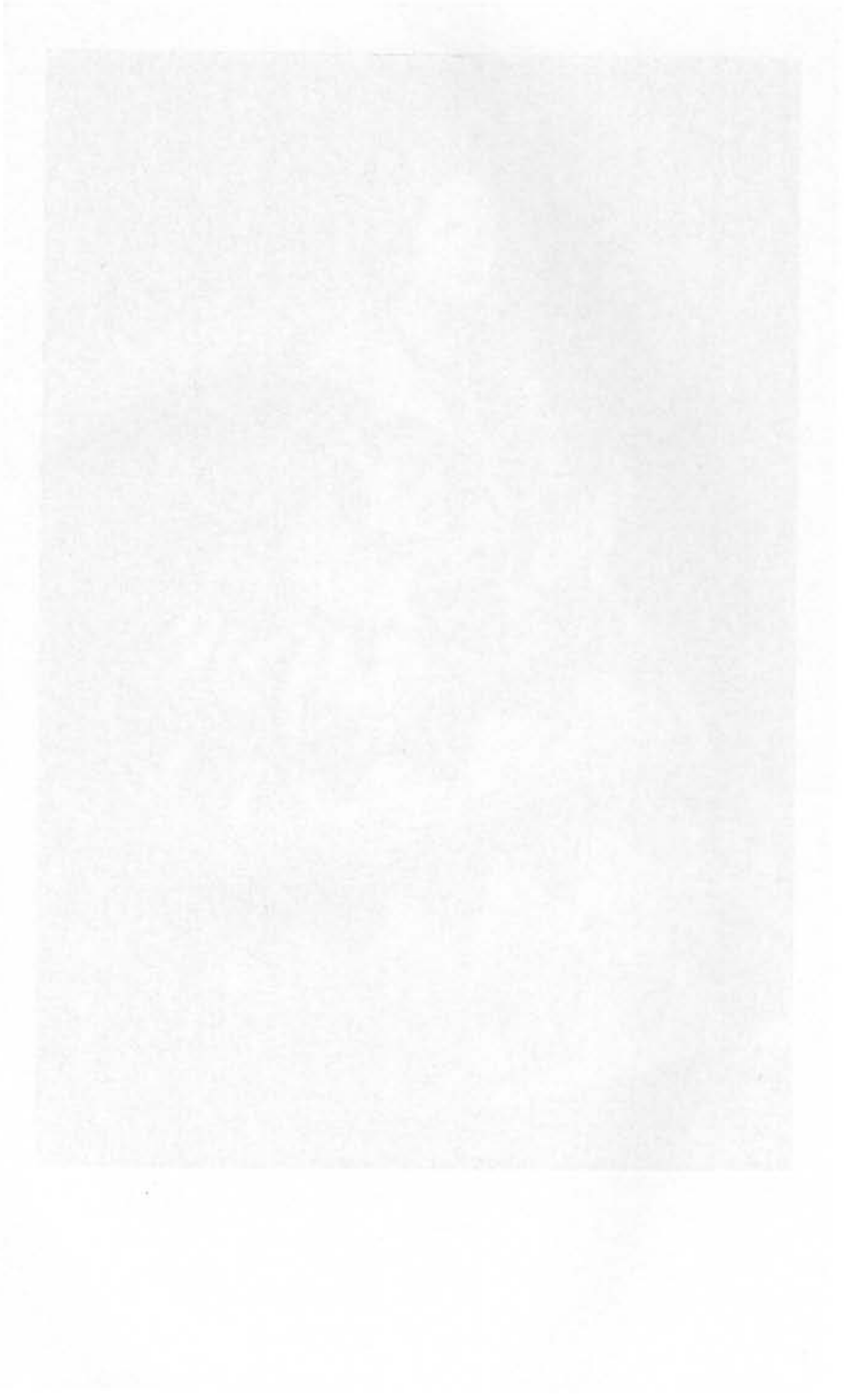
Doña Dolores Alcalá Galiano
(Marquesa de la Paniega)



BRAC, 94 (1974) 68-72



Doña Sofía Valera y Alcalá Galiano, después duquesa de Malakoff,
vestida de gitana para un baile en casa de Montijo





Doña Dolores Aréas de Delavat



Portrait of Maria Teresa 1960

cia, Don Bernardo Perea, acompañado por el director del Centro, Don José Díez; juez comarcal, Don Manuel Entrena; fiscal, Don Pedro Gómez de Aranda; director de la Institución Sindical y concejal de Cultura del Ayuntamiento, Don Eduardo Rueda; director espiritual, Don José Burgos, y notario, Don Mariano Arias.

Tras de unas palabras de presentación del profesor Don Francisco Fernández Segura, Doña Matilde Galera, catedrático de Literatura Española de nuestro primer centro docente, dio una conferencia sobre el tema "Don Juan Valera y su obra", de la que por su interés publicamos un resumen:

1974 es la fecha en que se cumple el centenario de la publicación de "Pepita Jiménez" y el ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Don Juan Valera.

Que se celebre un homenaje en Cabra para conmemorar estos hechos, es sólo justa correspondencia a aquel ilustre egabrense que tan vinculado estuvo a su patria chica. En ella nació, pasó sus primeros años, y a ella volvió en repetidas ocasiones, la más feliz, a buscar inspiración para su mejor novela.

En otro lugar me he ocupado de este tema más por extenso; ahora sólo pondré de relieve que siempre estuvo en contacto con sus paisanos a través de las cartas; recibía en Madrid los dos periódicos locales, en los que a veces colaboró, y contó aquí con numerosos amigos y parientes.

También es de obligada justicia que el homenaje lo celebre el Instituto. Desde la llegada de D. Luis Herrera y Robles, ilustre catedrático, latinista y poeta, Don Juan estuvo en estrecho contacto con este centro y siguió siempre con vivo interés su vida y sus actividades. A este Instituto donó la biblioteca que tenía en su casa de Cabra, procuró que todas sus obras estuvieran aquí y hasta se preocupó de enviarlas personalmente. En nuestro fondo bibliográfico contamos con todos estos ejemplares, entre los que habría que destacar una preciosa traducción de "Pepita Jiménez" al polaco, dedicada por su autor.

En el Instituto también se examinaron sus hijos, Carlos y Luis; el Instituto, por fin, mereció sus elogios cuando, al regreso de uno de sus viajes a Francia, dice en su correspondencia que, después de visitar varios liceos franceses, ninguno llega al "estado brillantísimo en que se encuentra el de Cabra".

Valera es el más culto de los novelistas españoles del siglo XIX y el mejor prosista, sin duda alguna, aunque se reconozca la superioridad creadora de Galdós. La importancia de su figura se manifiesta actualmente en el hecho de que sus obras se reimprimen sin cesar; hay una auténtica apetencia de ellas por parte del público, no sólo español sino americano también. La actualidad de Valera podemos asimismo juzgarla por las publicaciones que sobre él aparecen de continuo. Y es que, amén de muchas ideas de vigente valor, Don Juan nos ofrece su estilo pulcro, bellísimo, lleno de gracia imperecedera. En él se unen sencillez y clasicismo. Se ha dicho que, desde Cervantes, nadie hasta Valera ha logrado esa perfección de estilo, ese resurgimiento de lo clásico. Valera es símbolo de la aristocracia literaria. El mismo Clarín le llamó "aristócrata del talento".

Hablar de Don Juan en este limitado tiempo es intentar abarcar lo inabarcable. Su dilatada vida es rica en acontecimientos humanos, atractiva, interesantísima; merece la pena penetrar en ella con detenimiento. Y en cuanto a su producción, nos dará idea el hecho de que la edición de sus obras completas, que hizo su hija entre 1905 y 1935, comprende cincuenta y tres tomos que agrupan hasta trece materias.

Ante este inmenso panorama, estructuro la conferencia en dos partes: una primera en que recorro su vida, en los jalones más significativos, echando mano de sus cartas y dejando, como hace el autor con sus personajes literarios, que él mismo se nos muestre, y una segunda parte centrada en el análisis de su mejor novela.

En cuanto a su faceta de hombre de letras podríamos preguntarnos: ¿En qué movimiento literario encuadramos a Valera? Vivió en una época de tendencias encontradas: Romanticismo, Realismo, Naturalismo, que vio nacer, crecer y morir. A todos fue ajeno por igual. Desde muy temprano fue hostil al Romanticismo, pero tampoco comulgó con el Realismo porque imponía trabas a la fantasía y, por supuesto, aborreció lo que él llama "indecencia docente y humanitaria" de los naturalistas. Aparece, pues, como un escéptico que desconfía de los modos ideológicos y literarios; como un individuo aislado. Como Goethe, fue un clásico; como Stendhal, profundizó en el estudio psicológico de sus personajes; como Flaubert, rindió culto a la forma. Sin duda uno de sus mayores méritos reside en que fue uno de los poquísimos autores del siglo XIX que tienen verdadera estética, verdadera teoría del arte literario. Y el haber explicado, defendido y llevado a la práctica su propia estética, le da una importancia singular. Caracteriza la estética de Valera el culto de la forma, el culto de la expresión y del estilo. Para él, el arte hace la belleza concreta y ésta se identifica con la forma. Para él, también el arte es amor;

no prueba ni enseña nada. Es la estética del "arte por el arte", que llevará a sus últimas consecuencias el Parnasianismo francés a finales del pasado siglo. Del mismo modo, para Valera la idea de Belleza es preexistente a toda realidad y, ella misma, norma de realidad. Y esta belleza coincide con la forma, con la expresión.

En cuanto al género novelístico, expuso sus ideas en diversos ensayos y artículos como "La naturaleza de la novela", "El arte nuevo de hacer novelas" o "Sobre la novela en nuestros días". Disputó sobre este mismo tema con la Pardo Bazán y coincidió en lo esencial con Menéndez Pelayo. Las ideas sobre la novela le sirvieron para escribir las suyas. La novela para Valera es, ante todo, poesía; un producto de la imaginación. Combina y funde en una unidad artística la fantasía con la realidad. Y el resultado es la verdad estética. Valera no copia la realidad, sino que la pinta, la crea. Piénsese lo que representa de insólito su postura en un momento en que la novela realista se nutre de los aspectos más grises de la vida cotidiana; en que la materia novelable son los aspectos bellos y feos, nobles o groseros de la realidad, sin pasar por el tamiz del criterio estético seleccionador.

En las novelas de Valera hay también escasez del elemento emocional; a no ser por esto, correspondería a la fórmula general de la novela española, con sus dos elementos capitales: la realidad por fondo y el ideal por norte. Esta es la novela de Cervantes o de Galdós, aunque estos autores son más emocionales y más pasionales que Valera. Así lo comprendió él mismo cuando, refiriéndose a éste último, decía a Menéndez Pelayo: "En él hay una calidad que da calor y brío e inspiración, que a mí me falta". Así, concretándonos a su obra "Pepita Jiménez", el tema, conflictivo entre el ideal o aspiración religiosa y la realidad o pasión del amor; entre el amor divino y el humano, puede ser considerado como problema de la razón o del sentimiento. Y para Valera es, ante todo, un problema de la razón. Esto explica la repetición del tema en "Doña Luz".

En realidad, en "Pepita Jiménez" ni siquiera hay conflicto de ninguna clase. Hay, simplemente, la "revelación psicológica" de un personaje que ha equivocado su vocación. De un joven en quien el amor divino es petulancia y vanidad. Lo que el autor presenta es sólo el desvanecimiento de una ilusión ante la realidad. La agudeza psicológica de Valera se muestra en la evolución graduada y los antecedentes del personaje. Para esto utiliza la forma epistolar; las cartas eran su género predilecto y en el que estaba más formado. De esta manera hace finas disquisiciones místicas y descriptivas, y al llegar a la plenitud de la novela, las cartas acaban para dar paso a la narración.

La obra entera nos presenta el contraste entre misticismo y sensualismo con un refinamiento exquisito. El tema mismo es una derivación del amor místico al amor humano; un proceso de plena paganización; en definitiva, el triunfo del eros sobre la ascética. Por temperamento, Valera es más bien pagano y le duele, filosóficamente y estéticamente hablando, esa oposición que el cristianismo ha venido a establecer entre el espíritu y la materia, entre el amor del alma y el amor del cuerpo. Su sentir aparece claramente expresado en la manera de resolver el conflicto, que es haciendo triunfar el amor humano.

En toda la novela hay un refinado sensualismo, que es a lo que sustancialmente queda reducido su misticismo. Los personajes, más ricos o más pobres, todos son pulcros, cuidan de su cuerpo casi más que de su alma y todos visten y hablan limpiamente, todos son sensitiva y sensualmente finos. Es la de Valera, ha dicho un crítico, "la novela del aseo".

Respecto al asunto, de todos es conocida la historia familiar en que se basó. La seducción del seminarista por la viuda joven, traslada, alterándolo y poetizándolo, el caso de una hermana de su padre. La historia de Pepita, no la de Doña Dolores, esquiva lo licencioso, lo trágico, lo triste, porque la innata elegancia espiritual del autor y su aticismo le impiden entrar en un mundo trágico. Aunque Clarín, refiriéndose a que rozó problemas morales y religiosos sumamente vidriosos dijo: "Ha hablado de cosas de que jamás se había hablado en castellano". Digamos, sin embargo, que lo hace siempre con extremada delicadeza. Se limitó a esbozar los problemas, pero aspiró solamente a componer obras bellas.

En cuanto a los personajes, Pepita y más tarde Doña Luz, son las típicas heroínas de sus novelas: señoritas "lugareñas" de refinada aristocracia en su manera de vivir y de pensar; bellas, discretas, elegantes, algo místicas y un poco más sensuales que místicas. Son figuras delicadamente femeninas. Ante los problemas ascéticos de Don Luis, Pepita es la voz eterna de la naturaleza y del amor. Hay en ella una exquisita coquetería.

Respecto al personaje masculino, Don Luis parece ser un trasunto del propio autor, quien para configurarlo puso mucho de sus memorias y sentimientos. Las mismas impresiones que cuenta a su tío al regresar al pueblo, son las de Valera en 1854 a su vuelta de Brasil y están reflejados en cartas de aquellas fechas.

El paisaje en que se desenvuelve la acción es el mismo de Cabra: huertas, jardines, viñas, olivares, almendros, acacias, el cielo azul...; naturaleza amable de corte clásico. Es la única de sus novelas perfectamente localizada, puesto que en sus otras obras mezcla siempre, superponiéndose y entrelazándose, paisajes y costumbres de distintos pueblos de la comarca.

La naturaleza en "Pepita Jiménez" está a tono con los estados del alma del protagonista. Para que el cambio se produzca, para la fusión del misticismo en el erotismo, la acción transcurre adecuadamente entre los meses de abril y junio.

Clasicismo, hemos resaltado en el paisaje; clasicismo también en el estilo: acicalado, terso, rítmico. Suena deliciosamente al oído y a la vista. No olvidemos que Valera es, ante todo, un estilista. "Don Juan Valera —dice otro estilista, Azorín— en sus novelas, ha pintado el medio andaluz ¡Qué elegancia, qué pureza, qué caudalosidad en el maravilloso estilo de este supremo artista!".

"Pepita Jiménez", desde su aparición, ahora hace un siglo, fue aceptada como la obra maestra de Don Juan. La escribió, dirá más tarde en el prólogo a la edición en inglés, "en la más robusta plenitud de mi vida, cuando más sana y alegre estaba mi alma".

Ni siquiera el mismo Valera pudo, aunque lo pretendió, superarla.

La disertación de la culta profesora fue seguida con gran interés por el auditorio, que al final le dio una larga salva de aplausos.

Alumnos del Curso de Orientación Universitaria, dieron lectura a diversos trozos seleccionados de la obra de Valera.

El acto terminó con la audición musical de fragmentos de la ópera "Pepita Jiménez", de Albéniz, ilustrada con la proyección de artísticas diapositivas de nuestra ciudad y de su término, de la colección del doctor Don José L. González-Meneses, que agradaron mucho a los asistentes.

("La Opinión", 27 febrero 1974)

EN LA REAL ACADEMIA DE CORDOBA

SESION CONMEMORATIVA DE LA OBRA "PEPITA JIMENEZ"

"La Opinión", 27 abril 1974

Días pasados celebró la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, sesión extraordinaria para conmemorar el primer centenario de la publicación de la inmortal obra de Juan Valera "Pepita Jiménez", disertando los académicos numerarios don José Valverde Madrid y don Juan Gómez Crespo.